



FIESTA DE SANTO TOMAS DE AQUINO

Desde el siglo XI se ha definido la teología como “fides quaerens intellectum”, como fe que busca la comprensión. La teología ha sido, en la mayor medida por obra de Santo Tomás de Aquino, un puente desde el conocimiento fundado en la fe hacia el conocimiento fundado en la razón. La teología se desarrolla porque el conocimiento humano se hace nuevas preguntas acerca de la fe y hace que surjan nuevas respuestas. La Universidad es un lugar propicio para la teología, porque es allí donde se formula y reúne el conocimiento humano. Y la Universidad podría ser además el lugar para el “intellectus quaerens fidem”, para la inteligencia que busca la fe. ¿Existe hoy día algún estudio que tienda puentes desde la razón hacia la fe? La reflexión sobre la Sabiduría en muchos textos del Antiguo Testamento ha cumplido esta función.

En la primera lectura se nos ha anunciado el testimonio de un hombre religioso del antiguo testamento que confiesa haber recibido de Dios el espíritu de sabiduría. Y el testigo nos aclara que ha recibido este don porque prefirió la sabiduría al poder y a la riqueza, la quiso más que la salud y la belleza, y se propuso tenerla por luz en su vida. Iluminado por esta luz, sigue suplicando a Dios que le conceda pensar y actuar como corresponde a la sabiduría, porque Dios es el inspirador del camino de los sabios y en sus manos está la vida, la palabra, la prudencia y el talento del hombre.

Dios es la fuente de la sabiduría y el guía de los sabios. Pero sobre el contenido de la sabiduría se nos ofrecen en el texto escasas referencias: sólo se presenta como un don del espíritu, puesto en relación con la prudencia y el talento. Será necesario recurrir a otros lugares de la Sagrada Escritura para conocer cómo experimenta personalmente el sabio el tesoro de la sabiduría.

La sabiduría es comprendida como una cualidad divina que cualifica todas sus acciones. La sabiduría se consideró tan cercana a la realidad de Dios que fue presentada con frecuencia como la forma de actuar de Jahvé. Así se canta en el salmo 136, 5: “*Al que hizo los cielos con sabiduría, porque es eterno su amor*”. O se confiesa en el libro de los Proverbios: “*El Señor fundó la tierra con sabiduría, estableció los cielos con inteligencia*”(Prov 3, 19). Y también en el libro de la Sabiduría: “*Señor... contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos*” (Sap 9, 9).

En el diseño de la creación se manifiesta la sabiduría divina que consiste en la inteligencia y explicación del misterio del universo y de la vida humana; esta sabiduría es propia en exclusiva de Dios y sólo Dios conoce el camino que lleva a ella. Esta sabiduría es el arquitecto que dirige la obra de la creación y la facultad con la que Dios



gobierna y dirige todo lo creado; todas las cosas creadas son un reflejo de la sabiduría de Dios.

Ante esta sabiduría de Dios reconoce el israelita humilde su limitación: *“Qué hombre conoce el designio de Dios, quien comprende lo que Dios quiere?”* (Prov 9,13). *“Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: ¿Pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría enviando tu Santo Espíritu desde el cielo?”* (Prov 9, 16-17).

Hay que resaltar la conexión que se establece en este último versículo entre el don de la sabiduría y el envío del Espíritu Santo. El conocimiento del designio salvador de Dios para los hombres sólo es posible con la sabiduría que viene dada con el envío del Espíritu Santo. Sólo con la sabiduría que procede del Espíritu Santo *“serán rectos los caminos de los terrestres”*, los hombres aprenderán lo que agrada a Dios, y los que agradan a Dios se salvarán.

Por ello, el don de esta sabiduría es suplicado por el israelita piadoso, que desea vivir en fidelidad a Dios: *“Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras y me guardará en su esplendor”*. (Prov 9, 10-11).

La experiencia de la sabiduría por el hombre se va logrando a partir de la experiencia natural; pero a la vez se interpreta como don de Dios. La sabiduría es patrimonio propio de Dios, el cual por gracia la comunica a los hombres, lo mismo que les da su “espíritu”. *“Toda sabiduría viene de Dios”* (Prov 1,7; Eclo 1,11-30; Job 28, 28) y sólo él puede comunicarla a los hombres (Prov 2,6). La sabiduría se manifiesta en quienes habita como *“una irradiación de la luz eterna, un espejo immaculado de la actividad de Dios, una imagen de su bondad”*(Sap 7, 26); *“entrando en cada época en las almas santas, hace amigos de Dios y profetas”* (Sap 7, 27).

De esta forma, la sabiduría es en el hombre el arte de conducirse en la vida en sentido moral y religioso, y tiene su principio en el temor de Dios (Prov 1,7); *“la sabiduría no entra en alma perversa, ni habita en cuerpo esclavo del pecado”* (Sab 1, 4); *la sabiduría es un espíritu que ama a los hombres*” (Sab 1, 6); *“se manifiesta a quienes no exigen pruebas, y se revela a quienes no desconfían”* (Sab 1, 2); es la “fuente de la vida” (Prov 4,23; 10,11; 13,14; 16,22) y “el camino de la vida” (Prov 6,23; 10,17; 15,24); es fuente de paz y de salud y se basa en el cumplimiento de los mandamientos.

Esta es la experiencia religiosa que refleja el salmo 118, con el que hemos respondido a la primera lectura. El hombre sabio suplica al Señor que le enseñe a comprender sus leyes y amar sus preceptos, para seguirlos con alegría de corazón. Quien recibe el espíritu de sabiduría proclama gozoso: “Mi alegría es el camino de tus preceptos más que todas las riquezas.



Hay una serie de textos de los libros de los Proverbios, de la Sabiduría (9, 2.4.9) y del Eclesiástico (1, 1.4.9) que presentan la sabiduría como una cierta “personificación” de la razón y de la actuación divinas, como si se tratase de una criatura de Dios y de un sujeto activo distinto de él, si bien íntimamente unido a él y a su lado. Leemos en el libro de los Proverbios : *“El Señor me creó al principio de sus tareas, antes de sus obras más antiguas. Fui formada en un pasado lejano, antes de los orígenes de la tierra... Cuando establecía los cielos, allí estaba yo, ... cuando echaba los cimientos de la tierra, a su lado estaba yo, como confidente, día tras día le alegraba, y jugaba sin cesar en su presencia; jugaba con el orbe de la tierra, y mi alegría era estar con los hombres”* (Prov 8, 22-31).

Estos textos sobre la sabiduría pueden considerarse antecedentes de la reflexión del Juan sobre el Logos en el prólogo de su Evangelio: *“Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junta a Dios, y la Palabra era Dios. Ya al principio ella estaba junto a Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres...Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad”*(Jn 1, 1- 4. 14).

En la misma línea, la carta a los Colosenses presenta a Cristo como *“la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura. En él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... todo lo ha creado Dios por él y para él”* (Col 1, 15-16). En Cristo ha manifestado Dios su plan de salvación, es decir, *“el plan secreto que Dios ha tenido escondido durante siglos y generaciones y que ahora revela a los que creen en él”* (Col 1,26), *“en quien se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”* (Col 2, 3); *“porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad”* (Col 2, 9).

Pero la revelación de la sabiduría de Dios en la persona de Cristo la presenta el apóstol Pablo realizada específicamente como sabiduría de la Cruz. *“Puesto que la sabiduría del mundo no ha sido capaz de reconocer a Dios a través de la sabiduría divina, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del mensaje que predicamos. Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Más para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios parece locura, es más sabio que los hombres; y lo que parece debilidad, es más fuerte que los hombres”* (1 Co 1, 21-25)

La participación en la sabiduría de Dios, revelada en Cristo, es un don del Espíritu del Resucitado, que nos mantiene en el recuerdo activo de lo que el Señor nos ha enseñado y, a través de su Palabra, nos lleva al conocimiento de la verdad completa. El Espíritu Santo nos mantiene en la fe, pues nadie puede confesar “Jesús es el Señor” si



no es por obra del Espíritu; y sólo el Espíritu nos hace reconocer a Dios como Padre y nos impulsa a gritar a Dios llamándole “Abbá”, Padre.

Así hemos entrado de lleno en el contenido del Evangelio hoy proclamado. Jesús ha exhortado a sus discípulos a tener un único maestro, a llamar Padre únicamente al Padre del cielo y a tener a Cristo como único Consejero. Maestro, Padre y Consejero están íntimamente relacionados. Maestro y Consejero son atributos y funciones de Cristo, que derivan de su condición de Hijo único de Dios. Jesús es Maestro y Consejero porque enseña la verdad que ha oído al Padre y que el Padre le ha encargado transmitir; y porque no tiene otro programa de actuación sino hacer la voluntad del Padre.

Los discípulos de Jesús le confesamos como Maestro y Consejero porque sólo él nos lleva al conocimiento del Padre. *“Nadie conoce ... quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”* (Lc 10, 22). Y Jesús proclamó la alabanza del Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado el conocimiento del Hijo a los sabios y entendidos y haberlas dado a conocer a los sencillos (cf Lc 10, 21), a sus discípulos. A ellos les dijo: *“Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”* (Lc 10, 23-24).

En su alabanza al Padre Jesús ha manifestado que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños”, pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a sí mismos los maestros apocalípticos; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por los “pequeños”, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Los “pequeños” son en sentido propio los niños. Pero Jesús tiene en cuenta también el sentido metafórico. Algún texto evangélico permite precisar el significado de tal expresión: *“El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante”* (Lc 9, 48).

Los niños y los sencillos creyentes, los “pequeños”, se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa calidad de su acogida. Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos con el término “pequeños”. Al descubrir la atención de Dios a los pequeños dan pruebas de una nueva solicitud social y étnica, es decir, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para



comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución de un mundo extraño. Así lo refleja san Pablo en su carta primera a los cristianos de Corinto: *“Hermanos, considerad quienes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Al contrario, Dios ha elegido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes... De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención”* (1 Co 26-30).

El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de los “pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “pequeños”.

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. El Evangelio de Lucas y el de Juan revelan que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más intentan introducir en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos al grupo privilegiado de los “pequeños”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

La predilección de Dios por los pequeños y sencillos, y la dicha de éstos por haber sido llamados al conocimiento del misterio del Padre y del Hijo, son la experiencia espiritual más adecuada para comprender el significado de la exhortación de Jesús a la humildad y al servicio: *“El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Mt 23, 11-12). Y el Evangelio de Marcos sitúa en la misma escena la exhortación al servicio y la acogida de los niños: *“El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge”* (Mc 9, 35-37).

El que declara no haber venido para ser servido sino para servir y dar la vida en rescate por todos (Mc 10, 45), nos invita a seguir su ejemplo. El que no ha tenido inconveniente en despojarse de su rango divino y asumir la condición humana; el que ha sido glorificado por humillarse a sí mismo y hacerse obediente hasta la muerte de cruz, nos es presentado por el apóstol Pablo como modelo, cuyos sentimientos hemos de imitar (cf Filp 2, 5-11).



Carlos López Hernández

En fin, las exhortaciones morales del Evangelio de hoy solo pueden ser comprendidas y puestas en práctica por quienes han acogido la revelación del Padre y del Hijo con un corazón sencillo y humilde, iluminado por la sabiduría del Espíritu.